

El horizonte estético

MARIO PERNIOLA

Es profesor Titular de Estética en la Universidad de Roma "Tor Vergata" desde 1983. Director del Departamento de Investigaciones Filosóficas de la misma Universidad entre 1996 y 1999. Ha sido "Visiting professor" en numerosas universidades y centros de investigación (En Francia, en Dinamarca, en Canadá, en Brasil y en Japón). Es director de

la revista *Ágalma*, revista de estudios culturales y de estética. Entre sus obras, han sido traducidas al castellano *El sex appeal de lo inorgánico*, Madrid, Trama, 1998; *Estética del XX siglo*, Madrid, visor, 2001; *El arte y su sombra*, Madrid, Cátedra, 2002. Su último libro es *Contra la comunicación*, Torino, Einaudi, 2004.

La existencia de un horizonte estético depende de la coexistencia de múltiples factores de distinta naturaleza que interactúan entre ellos. No bastan las reflexiones en torno a lo bello y al arte para crear un horizonte estético. La palabra "estética" es introducida en el Settecento por la filosofía para indicar una articulación disciplinar propia que pudiera ubicarse cerca de la lógica; esta circunstancia histórica, sin embargo, no debe hacernos olvidar que la filosofía es desde su nacimiento en la antigua Grecia un elemento esencial en el horizonte estético. A estos tres elementos, se le agrega después un cuarto que pertenece a la acción y a la socialización: éste puede ser definido como el estilo de vida ejemplar.

Para que exista un horizonte estético es por lo tanto necesario que estén presentes en su interior cuatro elementos: lo bello, el arte, la filosofía y el estilo de vida ejemplar. Cada uno de estos es en sí mismo muy problemático y puede ser considerado de muchas maneras. Como variaciones de lo bello se deben tomar en cuenta lo sublime, lo gracioso, lo sutil, lo interesante, lo refinado y otras nociones cercanas. El arte como concepto unitario bajo el cual puedan ser pensadas cosas tan distintas entre sí como

la poesía y la arquitectura, el teatro y la escultura, la música y la pintura, la literatura y la danza (para no mencionar a la fotografía y al cine) se ha ido formando lentamente sólo a partir del Renacimiento. La filosofía, en el curso de su milenaria vida, ha adoptado todos los géneros literarios, de la poesía al tratado, de la historia al fragmento, del ensayo al discurso poligráfico, sin dejar de lado el caso límite de una transmisión exclusivamente oral (como Sócrates y Pirrón en la Antigüedad y Lacan en el Novecento). Finalmente, los estilos de vida ejemplares han sido extremadamente variados: desde el héroe al santo, desde el mártir al *dandy*, desde el filósofo a la *femme fatale*, desde el poeta al *sex symbol* y combinándose en muchísimos modos.

La amplitud del horizonte estético no implica sin embargo que él mismo pueda contener todo: se trata justamente de un horizonte. Como dice la etimología de la palabra (del griego *orízo*, limitar, señalar los confines), ella se determina sobre la base de aquello que excluye. Antes que nada, no me parece que se pueda hablar de horizonte estético si falta la idea de uno de los elementos indicados. Un mundo en el cual se esté completamente ajeno a la idea de las parejas antinómicas "bello-feo" y "arte – no arte" es extraño al horizonte estético. Con esto no quiero decir que debamos pronunciarnos a favor de lo bello o a favor del arte, sino solamente que resulta necesario conocer lo que estas nociones han significado en el curso de la historia: el ataque que el arte contemporáneo ha traído a la noción de belleza forma parte en su totalidad del horizonte estético; la misma cosa debe sostenerse con relación a las teorías del fin o de la muerte del arte o del anti-arte del Novecento.

Igualmente, un mundo en el cual el lugar de la filosofía ha sido enteramente tomado por la tecno-ciencia o por la religión, ha suprimido el horizonte estético: forman parte de éste las críticas que los artistas y los poetas han dirigido muchas veces a la filosofía. Finalmente, la falta

de modelos de vida ejemplar impide el surgimiento de la admiración, la cual constituye el más potente estímulo del compromiso estético: no por casualidad la educación ha sido reconocida como un elemento esencial del horizonte estético. Además, las tendencias contra-culturales que se han manifestado, por ejemplo, durante la controversia de la segunda mitad del Novecento, forman parte del horizonte estético.

Raramente ha sucedido que los cuatro elementos que conforman el horizonte estético hayan estado de acuerdo entre ellos: esta situación se verificó en el Settecento y está en estrecha relación con el movimiento neo-clásico y con la constitución de la estética como disciplina autónoma. Es entonces cuando la bella naturaleza, el arte bello, el bello pensar y la educación estética establecieron entre ellos un pacto vinculante. Limitar el horizonte estético a aquel particular momento histórico, considerando como prehistoria de la estética a todo aquello que precede y descomposición de la estética a todo aquello que sigue, es demasiado restrictivo y también demasiado aburrido. Por otra parte, también en plena edad neoclásica, se han escuchado voces contrarias a este acuerdo, que ha tenido no obstante una duración muy breve.

Por estas razones estimo mucho más provechoso considerar al horizonte estético como a un territorio en el cual cuatro contendientes (lo bello, el arte, la filosofía y el estilo de vida ejemplar) se enfrentan, confrontan y discuten entre ellos dando lugar a las más variadas situaciones estratégicas. Por eso, el horizonte estético no es para nada un lugar simbólico de paz y de armonía; está caracterizado por un dinamismo permanente que de tanto en tanto se manifiesta en abiertos conflictos, pero que está siempre atravesado por tensiones y fricciones.

Los contendientes que actúan en el interior de dicho horizonte no son identificables de manera esencial, independientemente de las relaciones que paso a paso establecen los unos con los otros. Quien se pregunta acerca de sus

identidades, es decir, se interroga qué cosa es el arte, qué cosa es lo bello, qué cosa es lo estético (entendido lo neutro como el objeto por excelencia de la disciplina estética), qué cosa es la conducta ejemplar, corre el riesgo de llegar a resultados nulos. Esta aproximación metodológica, si bien está precedida por una amplia reseña histórica acerca de las distintas maneras en las cuales han sido pensados lo bello, el arte, lo estético y el estilo de vida ejemplar, llega a la desilusionadora conclusión de que todo puede ser considerado como bello (también lo feo en sus distintas apreciaciones), como arte (también el anti-arte), como lo estético (también lo antiestético), como estilo de vida ejemplar (también lo despreciable).

Es un hecho que los lazos interrelacionales entre los actores del horizonte estético son mucho más importantes que sus determinaciones específicas: cada uno de ellos establece y muta su propia identidad sobre la base de la interacción con los otros y con referencia a una visión estratégica integral. Lo bello, el arte, lo estético y el estilo de vida ejemplar no son entidades que existan en sí mismas, separadamente de su relación; ellas no pueden ser sacadas de su horizonte estético, en cuyo interior han nacido y se han desarrollado. Se trata de nociones abiertas y fluidas que se posicionan y se mueven en el horizonte estético según las circunstancias y las oportunidades, organizando de vez en cuando alianzas y antagonismos, concordancias y contrastes.

Hay, sin embargo, una especie de límite insuperable de cuyo mantenimiento depende la existencia misma del horizonte estético. En vías de aproximación, se podría hablar de la libertad que caracteriza al horizonte estético, el cual estaría por eso opuesto a la necesidad que rige en el mundo natural, que usualmente se presume está regulado por leyes científicas. Igualmente por vías de aproximación, se podría sostener que el horizonte estético tiene un carácter simbólico y por ello netamente separado de

la realidad efectiva, en la cual están inmersos los mundos de la técnica, de la política y de la economía. Más aún, la libertad que rige en el horizonte estético no debe ser confundida con el arbitrio ni con el capricho; aquí es mucho más fácil equivocarse porque no existen normas codificadas. Estando regulado por el *esprit de finesse*, en lugar de por el *esprit de géométrie*, es necesario en cada ocasión tomar tanto la regla como la excepción. En cuanto a su carácter simbólico, no resulta necesario pensar que se pueda proceder sin tener en cuenta la realidad efectiva; a diferencia de la moral y de la religión, en las cuales muchas veces se atribuye a la pureza de la intención subjetiva más importancia que a los resultados efectivos o bien se recurre al más allá y a la trascendencia, el horizonte estético queda esencialmente terrenal; lo que lo caracteriza es propio de la pretensión de valer y de afirmarse en el mundo según dispositivos que son absolutamente diferentes de aquellos de la guerra, de la política y de la economía. El plano sobre el que se coloca al horizonte estético es por así decir intermedio respecto del idealismo o del de la efectividad: no se encuentra demasiado elevado en el reino de los ideales inútiles y de las utopías, ni demasiado bajo en la idolatría del hecho y del suceso. La grandeza estética no nace del esfuerzo hacia metas inalcanzables, ni por la manía de vencer a cualquier costo: la misma se coloca en el espacio intermedio entre los valores incapaces de ser realidades o las realidades privadas de esplendor.

Se trata entonces de un horizonte muy singular en el cual las exigencias espirituales y las prácticas de la vida humana están juntas, reconocidas y negadas, o mejor aún están sacadas de su contexto habitual y transferidas a otro ámbito, caracterizado por un excepcional dinamismo, debido a la presencia simultánea de cuatro elementos bastante heterogéneos entre sí. Este texto se propone dar especial relevancia a los momentos más salientes del acontecimiento estético y resaltar sus particularidades:

el horizonte estético no debe ser considerado como algo obvio, descontado, o tal vez algo adquirido para siempre. Puede ser que en el futuro, cada uno de los cuatro elementos que lo componen – lo bello, el arte, la filosofía y el estilo de vida ejemplar – tomen caminos completamente independientes el uno del otro, sin tener más la posibilidad de confrontarse y de oponerse. No es difícil imaginar que lo bello termine por ser absorbido por completo desde una perspectiva hedonístico-cosmética, privada de cualquier relación con los otros actores del horizonte estético; la tendencia a transformar el arte en un simple *business* es muy fuerte en la sociedad contemporánea y no resulta fácil contrastarlos eficazmente; la filosofía por su lado, puede abandonar lo bello, el arte y los estilos de vida fútiles y atrincherarse en un cientificismo duro y pretencioso o en una erudición encerrada en sí misma; en cuanto a los estilos de vida ejemplares, a partir del momento en que se disuelven en simples *look* a asumir momentáneamente, ellos pierden no sólo la grandeza fatal sino hasta cada posibilidad de constituir una moda. Sin embargo, no son los fenómenos de degradación en sí mismos los que constituyen una amenaza para el horizonte estético. Por el contrario, el mismo cobra gran vigor desde las posiciones encontradas; el peligro reside en el menosprecio de la energía emocional y en el sumergirse en la inercia de un consumismo autodestructivo.

El horizonte estético presenta efectivamente un aspecto paradójico: su valor no depende de la invariabilidad como sucede en la esfera religiosa y moral ni su fuerza de la unidad como sucede en la esfera militar y política. Aquel adquiere valía y potencia no por la invariabilidad ni por el consenso plebiscitado, sino por el surgimiento de las diferencias y de la novedad. El aspecto combativo no se refiere solamente a los cuatro elementos que lo componen sino que se encuentra obviamente en el interior de cada uno de ellos: no existe una sólo noción de lo bello, sino muchas en concurrencia en-

tre ellas; los artistas están en competencia no solamente con otros artistas contemporáneos sino en mayor medida con los artistas del pasado. Es esencial a la idea misma de filosofía la confrontación entre diferentes tendencias. Finalmente, el estilo de vida ejemplar se concretiza en tanto implica una decisión y una elección que excluye todas las otras. No se trata de una guerra de todos contra todos, justamente porque las relaciones que existen en el interior del horizonte estético no son belicosas. De hecho, nadie puede dejar de reconocerlo y esto es tanto más válido y fuerte cuanto más adversas son las partes de las cuales proviene: sin la apreciación y la admiración no se tiene horizonte estético. El horizonte estético está lleno de estrategias ingeniosas y paradójicas, cuyo último propósito no es ciertamente la nulidad de las multiplicidades ni la negación de los adversarios... Aquel que se propusiera dichas metas, se trasladaría del horizonte estético hacia el horizonte político-militar; pero es sabido que el recurrir a fuerzas externas para prevalecer en la arena estética es objeto de reprobación y de desprecio. Al mismo tiempo, si bien el santo fue un modelo estético ejemplar muy importante, queda una diferencia esencial entre la esfera moral-religiosa, caracterizada por lo categórico y por lo permanente, y la esfera estética, caracterizada por lo mundano y por el dinamismo. Con esto no se quiere decir que el horizonte estético es ineficiente sino que las vías a través de las cuales logra la efectividad son diferentes de las político-militares. Tampoco se quiere decir que el horizonte estético es efímero, sino que las vías a través de las cuales logra una larga duración son diferentes de aquellas ético-religiosas.

Muchas veces se ha planteado que la estética no provee un núcleo de principios teóricos y de métodos de investigación compartidos por la mayoría de sus cultores, como sucede en las disciplinas científicas. El único punto sobre el cual existe un consenso casi unánime es la referencia al diccionario histórico sobre los

conceptos estéticos, pero a este tipo de aproximación se le escapa necesariamente el aspecto sincrónico de las experiencias estéticas (y de sus respectivos conceptos clave) en pugna entre ellas. El hecho es que en el horizonte estético, el aspecto científico y el militar están presentes: el pensador estético es un poco científico y otro poco guerrero. La investigación estética une en sí misma el aspecto teórico y el práctico y de esta mezcla deriva su interés: es como una habitación que se ilumina por dos lados. Bajo el aspecto científico, se presenta como una historia de conceptos y por eso está completamente compenetrada en la discusión acerca de los métodos y los fines de la historiografía filosófica. Desde el aspecto militar, tiene una relación de cercanía con las poéticas artísticas, con los estudios culturales y de igual modo con la práctica de las artes y con las modas.

Puede dar perplejidad el hecho de que en la determinación del horizonte estético se introduzca también la filosofía como actor que juega en el interior de un campo; la filosofía es considerada no como espectadora externa de aquello que sucede en el campo de lo bello, del arte y de los estilos de vida, sino como parte involucrada. Parecería así comprometida su dimensión científica, es decir la posibilidad de consenso de la mayor parte de sus cultores sobre algún núcleo mínimo de premisas teóricas y de métodos. Pero se olvida que resulta de interés para todos los actores presentes en el horizonte estético el que este consenso perdure. Esto sería un último análisis a favor de la defensa de la autonomía del horizonte estético, por un lado, con relación a la religión y la moral y, por el otro, con relación a la política y la economía. Por otra parte, si la filosofía fuese sacada del campo estético y puesta en un rol de espectadora desinteresada o peor aún desempeñando el papel de juez en el campo estético, se convertiría en algo demasiado débil respecto del horizonte religioso y político. En otras palabras, hacia el interior del horizonte estético, las cuatro entidades en juego pueden

establecer una relación de amistad o de enemistad. Pero, con relación al enemigo ajeno al horizonte estético y que se presenta como la trascendencia o como la violencia, la posibilidad de un acuerdo entre los cuatro factores en juego debe ser mantenida. La palabra común en este acuerdo puede variar: la misma será de tanto en tanto el clasicismo, el saber o la cultura según las vicisitudes y las circunstancias históricas.

Una última observación se refiere a la pluralidad y a la heterogeneidad de los estilos de vida involucrados en el horizonte estético. Pertenecen plenamente al mismo los estilos de vida ascéticos, religiosos, políticos y militares, como así también aquellos explícitamente orientados hacia lo bello y la práctica de las artes. No es su contenido lo que resulta importante, sino la idea de la perfectibilidad del ser humano, la referencia hacia cualquier forma de grandeza y, por lo tanto, el sometimiento a pruebas y a juicios. De eso deriva aquella unión entre la estética y la educación, muchas veces señalada por los cultores de la estética. Quien pretende sustraerse a cualquier tipo de prueba y de juicio cae fuera del horizonte estético: de hecho o favorece la existencia de jerarquías fijas, establecidas de una vez para siempre y determinadas sobre la base del estatuto de pertenencia, o tal vez se aplanan todo en un mismo nivel, eliminando cualquier tipo de dinámica de valoración o de desvalorización. Resulta, en cambio, un aspecto esencial del horizonte estético el hecho de que las pruebas y los juicios no sean nunca definitivos y que exista siempre un espacio para la competencia y para el desafío. De eso deriva la importancia que ha sido siempre atribuida por los cultores de la estética a la energía emocional, que ha sido siempre pensada y denominada en el trascurso de los siglos de distintas maneras: inspiración, entusiasmo, furor heroico, impulso vital, sobreinversión o performance. ■